

INTRODUCCION AL TEMA: "LA CONTRARREVOLUCION"

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

Decíamos ayer... Ayer para nosotros es nuestra anterior Reunión, hace un año; y para mí, es hace dos, en las Masías de Poblet. Pero, para todos, aún es ayer, nuestra Primera Reunión en el Monasterio de Santa María del Paular, guiados por Eugenio Vegas, y lo es el primer número de *Verbo*.

En la contraportada de este primer número, en tres párrafos —los dos primeros de ALBERT DE MUN y el tercero de JEAN OUSSET— se decía qué es la Revolución; y en otro —también de OUSSET— en dos líneas, lo que es la Contrarrevolución:

«La revolución es una doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre, en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios.

»Se manifiesta por un sistema social, político y económico brotado de los cerebros de los Filósofos, sin la inquietud de la tradición y caracterizado por la negación de Dios sobre la sociedad pública. Es ahí donde está la Revolución y es ahí donde hace falta atacarla.

»El resto no significa nada, o más bien todo deriva de ahí, de esta revuelta orgullosa, de donde ha salido el Estado moderno, el Estado que ha ocupado el puesto de todo, que se ha convertido en dios y al que rebusamos adorar.

»La contra-revolución es el principio contrario, es la doctrina que hace apoyar la sociedad sobre la ley cristiana».

Por esto, hoy seguimos diciendo en la contraportadilla de *Verbo*:

Con SAN PÍO X: «... no se edificará la ciudad de modo distinto a como Dios la ha edificado; ... no, la civilización no está por inventar, ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla, sin cesar, sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana y de la impiedad: "omnia instaurare in Christo"».

Y, con JUAN XXIII: «... el aspecto más siniestramente típico de la época moderna consiste en la absurda tentativa de querer reconstruir un orden temporal sólido y fecundo prescindiendo de Dios, único fundamento en que pueda sostenerse» ... «Sin embargo, la experiencia cotidiana, en medio de los desencuentros más amargos, y aun a veces entre formas sangrientas, sigue atestiguando lo que afirma el Libro inspirado: "Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los que la edifican"».

La revolución, al convertir al hombre en demiurgo, rechaza que en las cosas exista un orden natural, al que él se halla sometido, y que fue inscrito por Dios en ellas en su obra creadora. Orden del cual dimana la tradición, como elemento imprescindible para el desarrollo de las sociedades humanas, al ser el hombre capaz de recibir saberes heredados y de transmitirlos enriquecidos, a diferencia de los animales tal como nuestro amigo FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, en la Balmesiana de Barcelona, nos explicaba a primeros de noviembre de 1968, en nuestra VII Reunión.

La revolución pretende ignorar ese orden y rechaza la tradición. Quiere reconstruir todo técnicamente desde la primera piedra de conformidad a la ideología, el mito o la utopía que alternativamente se propugna.

De ahí su inevitable fracaso y los desencuentros recordados por JUAN XXIII en el texto que acabamos de releer. Los hechos ocurridos después de haberse pronunciado, y los que aún siguen produciendo catástrofes en cadena, evidencian esta insoslayable realidad. No hablo sólo del fracaso del marxismo y del comunismo. Tenemos ante nuestros ojos, cada vez con más evidencia, la ecología recordándonos que existe un ecosistema del cual depende la

vida del hombre en nuestro planeta, y que estamos destruyendo insensatamente. Vemos el estruendoso fracaso del Estado providencia, incapaz de dispensar el bienestar que promete; y que ni siquiera puede salvaguardar el orden público, sufriendo el azote del terrorismo, de la drogadicción, de la corrupción de todo género...

Y qué diremos de esas medidas económicas o monetarias que —en palabras de Pío XII, en su discurso de 2 de octubre de 1948, dirigido al Congreso del Instituto Internacional de Finanzas Públicas— «no obstante, su virtuosidad técnica, quitan y hieren el sentido de lo justo y de lo injusto del pueblo o que desplazan a un plano secundario su fuerza vital, su ambición de recoger los frutos de su propio trabajo, su preocupación por la seguridad familiar. Consideraciones que en el espíritu del legislador deben tener el primero y no el último rango». Hoy vemos nuestro mundo occidental lleno de prótesis, de ayudas estatales, que se reclaman y disputan ante la imposibilidad de que la sociedad masificada se valga a sí misma, teniendo por coste una inflación que se desborda o que se mantiene con equilibrios cada vez más difíciles, y siempre con el riesgo de romperse y al precio de una creciente especulación y del paro hecho endémico.

Han fracasado las revoluciones violentas, y hoy están fracasando las silenciosas.

Debemos volver los ojos a la contrarrevolución, que PLINIO CORREA DE OLIVEIRA, en su esclarecedor librito, *Revolución y Contrarrevolución*, explicó que consiste en *restaurar el orden de la civilización cristiana*.

Como ya había advertido DE MAISTRE, *la contrarrevolución no es una revolución en contrario sino lo contrario de la revolución*. ¡No lo olvidemos!

Repasemos, a este respecto, lo que decíamos ayer, insistiendo precisamente en qué es lo contrario de la revolución.

El 1 de noviembre de 1976, en Majadahonda, en la clausura de nuestra XV Reunión, *Qué nos enseña la Historia*, al glosar esta reflexión de DE MAISTRE, trajimos a colación varias explicacio-

nes, de varios de nuestros amigos franceses que creo vale la pena recordar.

De JEAN MADIRAN: «La revolución procede y progresa deshaciendo los *lazos sociales naturales*. La contrarrevolución consiste en tejerlos *incansablemente*».

De MICHEL CREUZET: «La contrarrevolución es construir en lugar de destruir. Es seguir humildemente el orden de las cosas ... «para dotar a los hombres de los marcos más favorables para la expansión de la vida social».

De MICHEL DE PENFENTENYO, que, en cuanto al método conveniente, dijo que se deben «detraer las discusiones desde las ideologías desencarnadas al terreno firme de las realidades humanas» ... «propias a la convergencia de intereses y al entendimiento».

De JEAN OUSSET, en este mismo orden práctico, a fin de *restaurar el tejido social*, «formado por miles de gentes, encargadas de tareas diversas, ocupando cargos desiguales, con deberes diferentes»; estimando preciso mantener «esa multiplicidad de funciones y cargos, ya que [lo contrario] es mutilar lo real (¡reemplazarlo por muletas!), violentar las flexibles disposiciones de esa geografía social para imponer el planismo de una agrupación artificial».

Puesto que la contrarrevolución es lo contrario de la revolución, aquélla ha de asirse a lo que ésta quiere destruir; es decir, a la tradición; y proseguir su progreso, asimilando, para ello, con su savia, cuanto pueda enriquecerla. Lo habíamos recordado ya en nuestra XII Reunión en Porta del Mar-Salou. Esta, por sugerencia de nuestro amigo y maestro MICHELE FEDERICO SCIACCA, versó del tema *Revolución, historicismo, tradición*, con ocasión de lo cual recordamos lo que, siguiendo las huellas de JUAN VÁZQUEZ DE MELLA y de SALVADOR MINGUIJÓN, habían escrito, al respecto, nuestros amigos, FRANCISCO ELÍAS DE TEJADA, RAFAEL GAMBRA y FRANCISCO PUY.

«... no existe progreso sin tradición ni hay tradición sin progreso. *Progresar* es —naturalmente— cambiar algo; y moralmente mejorar algo. Este "algo" es el contenido de la tradición here-

dada. Faltando éste, que es la materia a reformar, el progreso resultaría imposible —ya que carecería de aquello sobre lo cual, ejercer sus cambios y mejorar—. Igualmente una tradición inmutable sería una cosa muerta, arqueológica, petrificada» ... «Si los hombres no transmitieran la tradición recibida adosándole sus personales improntas, la tradición sería un cadáver».

El historiador COLLINGWOOD, desde su perspectiva profesional, explicaba que si, en una fase histórica, se han resuelto determinados problemas y se ha fracasado en la prosecución de otros, sólo habrá progreso en la siguiente fase si, en ésta, se logra resolver algunos de los problemas no resueltos en la anterior sin perder la solución de los en ella resueltos. Esto —digo yo— sólo es posible con la tradición; y es imposible con la revolución. No cabe progresar comenzando por reducir a cero lo recibido de nuestros padres.

La revolución significa la sumisión de la *theoria* a la *poiesis*, y una imposición ideológica de la *poiesis* y de la *techné* sobre la *sophia* y la *praxis* prudencial. Es decir, en suma, el sometimiento de lo verdadero y de lo bueno a lo inmediatamente útil; y la del *ser mejor* al *tener más* ahora mismo. O sea, el retroceso del *homo sapiens* —en el cual la técnica ocupa un lugar auxiliar— a *homo faber*, en sociedades masificadas y dirigidas tecnocráticamente.

Esto lo hicimos notar en el foro *La praxis de la armonía* de nuestra XVII Reunión, aquí en Alcobendas en 1978. La revolución consiste en destruir la *armonía* de las comunidades naturales y la solidaridad en las relaciones sociales que requiere la participación de todos y cada una en el lugar y actividad adecuados a cada cual.

Allí mismo recordé estas ideas de GUSTAVE THIBON: la verdadera participación, como armonía de lo múltiple y lo uno, requiere diversidad de competencias en la unidad superior y de cada elemento en la pluralidad. Competencia que de modo natural es determinada dinámicamente por el llamado *principio de subsidiariedad*, que va fijando la competencia que corresponde a cada cuerpo social más amplio para suplir o complementar lo que sus

elementos integrantes no pueden realizar, o que no realizan adecuadamente.

Pero, sin duda, conforme a este principio, es preferible enseñarles cómo se hacen bien las cosas, más que sustituirles haciéndolo por ellos.

La revolución, en cambio, invocando defectos, deficiencias y corrupciones, pretende suplir la armonía social espontánea por una articulación tecnocrática, totalitaria, impuesta por el poder del Estado surgido de ella.

«El revolucionario —meditaba THIBON, en su *Biología de las revoluciones*— cree en la posibilidad de una refundición de todo. "Destruyamos todo el edificio social impuro —clama su fe—, aunque tengamos que reconstruirlo partiendo de la nada". Lo malo es que sólo Dios puede recomenzar desde la nada. Y no lo hace, prefiere recomenzar cada día a partir de la mediocridad y del mal humanos. Nadie más lento que Dios en destruir. Dios se inclina hacia los menores restos de ser y de verdad que subsisten bajo los escándalos y las ruinas; y tiende, para rescatarlos, sus manos avaras del fuego celeste» ... «Pero los hombres impotentes no temen destruir. La parábola de la cizaña y el trigo jamás ha entrado en los oídos revolucionarios. A ciertos amantes de la humanidad la menores taras de la autoridad y del orden les sirven de pretexto para desear un trastorno universal. Resulta amargamente instructivo observarles: protestando que hay que suprimir un escándalo, que hay que reparar una injusticia, no vacilan en cortar las raíces milenarias de la vida social, provocan un cáncer para curar un arañazo» ... Es «monstruoso»: «recurrir al odio y a la envidia de las masas, a todas las fuerzas de la disolución moral. Si el pueblo obtiene así ciertas ventajas materiales las paga con la ruina de sus más sólidas cualidades sociales: sentido de la disciplina y de la colaboración orgánica entre las clases, amor o al menos aceptación de su destino, etc. A la conquista exterior corresponde una pérdida irreparable en el alma del combatiente» ... «Estas fiebres anuncian fatalmente la generalización del mal: a primera vista parecen una reacción contra el egoísmo y los privilegios de una clase o una casta; pero en realidad no son más que

la lucha de las masas intoxicadas para satisfacer su mórbida sed de esos mismos privilegios, del mismo egoísta abandono de los deberes sociales».

Claro que, además, si la revolución triunfa, la anarquía resultante habrá de ceder pronto el paso a la férrea disciplina de la nueva clase dirigente, y los desperfectos y despilfarros producidos acaba pagándolos el pueblo con una dura sujeción que le impone nuevos sacrificios.

Por eso, la contrarrevolución debe recorrer el camino contrario. De ella anticipamos algo, en nuestra XXVIII Reunión de 1989, en las Masías de Poblet, al recordar el II Centenario de la Revolución francesa. Allí LUIS MARÍA SANDOVAL efectuó unas certeras consideraciones sobre la contrarrevolución. Y yo, tras de analizar la esencia y efectos de la Revolución francesa y lo que de ella queda, repetí, siguiendo las enseñanzas de JUAN PABLO II, que debe comenzarse la restauración por el hombre concreto entero, en todas sus dimensiones y en nuestras raíces cristianas; por la familia, los cuerpos sociales básicos y las sociedades intermedias.

En la *Centesimus annus* ha vuelto JUAN PABLO II a recordarnos el orden ínsito por Dios en la naturaleza, al crearla (n. 30, 2, y 34), así como el *plan divino* en el *sentido de la historia* y del *Reino de Dios* (31, 1, 2; 47, 1, 3 y 5; 48, 1, 2).

«El hombre —dice el Papa (n. 37)— que descubre su capacidad de transformar y, en cierto sentido, de "crear" el mundo con el propio trabajo, olvida que éste se desarrolla siempre sobre la base de la primera y originaria donación de las cosas por parte de Dios. Cree que puede disponer arbitrariamente de la tierra, sometiéndola sin reservas a su voluntad como si ella no tuviera una fisonomía propia y un destino anterior dados por Dios y que el hombre puede desarrollar ciertamente, pero no debe traicionar. En vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios, y, con ello, provoca la rebelión de la naturaleza más bien tiranizada que gobernada por él».

Pero no sólo se trata de la ecología del mundo natural, sino —como añade seguidamente (n. 38)— de «salvaguardar las con-

diciones morales de una auténtica "ecología humana"». «... el hombre es para sí mismo, un don de Dios y, por tanto, debe respetar la estructura natural y moral de la que ha sido dotado». Sus decisiones, «gracias a las cuales se constituye un ambiente humano, pueden crear estructuras concretas de pecado» ... «Demoler tales estructuras y sustituirlas con formas más auténticas de convivencia es un cometido que exige valentía y paciencia».

Ahí se nos muestra que existe un orden natural antropológico-social, que no puede violarse sin sufrir las dañinas consecuencias dimanantes de ello, ni sin producir estas estructuras insanas, que JUAN PABLO II denomina «*de pecado*».

Ahí está la labor de la contrarrevolución, siempre a favor de ese orden natural y moral.

¡Cuántos años llevamos repitiéndolo! Roguemos a Dios y a su Santísima Madre, la Virgen María, para que no nos cansemos de hacerlo y para que ayude a todos quienes luchamos por esta restauración. ¡Así sea!